

Dios de azar

Freddy de Wekker

Índice

<i>Día uno</i>	<i>Pág. 2</i>
<i>Día dos</i>	<i>Pág. 108</i>
<i>Epílogo</i>	<i>Pág. 208</i>

Día Uno

La vieja casa aguardaba anhelante la llegada de su benefactor. Al menos, así lo entendía Lucio cada vez que volvía del trabajo con su andar cansado, con la espalda arqueada por el desconsuelo y las manos entumecidas por los sacrificios. La fachada estaba en ruinas, desprendiéndose poco a poco, como si el roce implacable con la historia la fuese desboronando para devolverla al polvo del que una vez fue prestada. Al entrar, Lucio la veía preocupado, frustrado, sin saber cuándo le alcanzaría el dinero para regalarle una caricia de piedad a aquel pobre hogar que tanto les había dado, y que se venía abajo frente a la impasibilidad del calendario. “Pero nunca tengo suficiente”, repasaba, cuando buscaba la llave en un manojo de mil responsabilidades; y, como todos los días, ante el “clic” de la traba al ceder, cerraba sus ojos con fuerza, respiraba lo más profundo que podía, y se preparaba mentalmente, con una resignación infinita, para enfrentar cualquier sorpresa nueva o reiterada que le daría la bienvenida al pasar. Al abrir la puerta, percibió una imagen familiar: su madre, ciega por los años, el glaucoma y las decepciones, sentada en la misma mecedora donde había sobrellevado su vejez, tanteando una y otra vez las cuentas de un rosario entre sus dedos artríticos. En el piso estaba desparramado su abuelo paterno, más anciano que el tiempo, embrutecido por el licor consumido sin freno a lo largo de su vida, por las tristezas de un pasado sin testigos que le socavaban el alma, y por la duda diaria de no descifrar si seguía vivo, o si había muerto años atrás.

“¿Eres Lucio? –preguntó la madre, deslizando las cuentas entre sus dedos y, sin esperar la respuesta, agregó– Hijo, qué bueno que apareciste. Tienes que hacer algo con el borracho de tu abuelo, que no sé si fue que murió porque ya apesta a cadáver. Hiede a mierda y orines, a pura inmundicia. Mira qué haces, hijo, porque el olor me está enloqueciendo. Échale un baño, o sácalo a la calle, pero llévatelo de aquí...”.

No era la primera vez que el viejo se emborrachaba y, con seguridad, no sería la última. Su abuelo había sufrido problemas de alcoholismo desde antes de que Lucio naciera. Casi a diario se repetía la rutina de llevarlo a la ducha; quitarle la franela manchada; sacarle de encima los pantalones chorreantes de excrementos; soportar, sin derrumbarse, la fetidez que

cargaba el aire del baño; sostener al viejo bajo el agua fría y verlo abrir los ojos al recibir el primer impacto sobre el cuerpo; descubrir que volvió a perder el conocimiento, bajo el agua; sentirlo retorcerse entre sus manos, por ráfagas, arrojando el trago que se bebió horas atrás; una y otra vez, sin variación; los mismos balbuceos incomprensibles, las mismas lágrimas de aflicción por un pecado desconocido, el mismo nombre circundado de suspiros, sí, siempre la misma Amanda que nadie conoció ni conocerá.

Un ruido a su espalda atrajo su atención. Era Daniel, su hermano, que miraba asombrado la desnudez de su abuelo. Los ojos pequeños y separados, la lengua gorda y fuera de la boca, el cabello áspero y radial, la cabeza desmedida, la incomprensión de una vida sin chispa, el dolor de un recuerdo sin palabras, un saco de defectos sin virtudes, eso era Daniel, el loco, el retrasado, la pobre alma de Dios a la que ni Dios quería. Lucio, al descubrir su presencia, montó en cólera y lo sacó del baño entre chillidos profundos e hirientes. Daniel se marchó asustado y trató de encontrar refugio y consuelo en los brazos de su madre, pero ella tampoco lo soportaba, pues le recordaba lo infausto e injusto del azar. Daniel era la única persona que podía reconocer en su universo de oscuridad absoluta, con solo oír su respiración agitada y sibilante. “Sal a la calle –le dijo la ciega–, que no estoy para juegos. Busca qué hacer donde no estorbes”. Lucio escuchó a su madre desde el baño, oyó la puerta cerrarse y sintió la renovación de los rezos infinitos mientras terminaba de bañar al abuelo. Entonces pensó en su hermana. Aquel era el momento ideal para recibir su colaboración. “¡Marta! –Gritó– ¡Ven acá! ¡Ayúdame a asear al abuelo!”. La ciega, a su vez, chilló desde la sala: “¡Olvídate de Marta, hijo, porque está visitando a Andrea!”. “Nunca está cuando la necesitamos –reflexionó Lucio–. Es como no contar con nadie. Vive en su mundo egoísta y feliz, mientras a nosotros nos carcome la gangrena”.

El abuelo mascullaba ahora las frases con un poco más de definición. Hablaba de una niña, de una mujer, de un hombre, de quién será él, Dios mío, de quién es ese rostro, y acababa perdiéndose entre desvaríos sin forma mientras que Lucio, echando mano de la paciencia más honda encallada en su corazón, lo vestía. A veces, intentaba concentrarse en sus delirios, buscando fragmentos de lucidez que aclararan los balbuceos erráticos. El abuelo nombraba detalles de lo que Lucio consideraba una alucinación, un delírium tremens, pero

nada parecía tener ilación. Divagaba acerca de una pintura lúgubre y tenebrosa, de una mano herida, de un adiós desde el autobús, de un niño dormido y de un hombre que oraba a su lado, de un viejo apoyado en una pala, de un borracho que es como yo, Dios mío, que es igual a mí... “A pesar de saber que estás loco, abuelo –susurraba Lucio, ante aquella retahíla ininteligible–, me gustaría saber si hablas de cosas que sucedieron alguna vez, o si todo esto no es más que un invento de tus borracheras”. En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, Lucio estaba tan cansado y tan escaso de humor y vitalidad que no prestaba atención a la jerigonza de su abuelo. Así se sentía ese día: abatido, jadeante, hastiado. Cuando acostó al abuelo y escuchó el primer ronquido, salió a la sala y se sentó al lado de su madre, que interrumpió su eterna oración para preguntar quién es. “Soy yo, mamá”, le respondió Lucio, observando la mirada de su madre a la que el glaucoma le había robado la chispa. “Hijo, gracias por deshacerte del alcohólico. No sé qué lo hiciste, ni quiero que me lo digas. Pero por favor, pasa un coletito donde estaba tirado el viejo, porque aún apesta a porquerías de borracho. Y después hazme alguna cosita de comer, pues no he almorzado todavía y mira la hora que es...”.

Lucio no estaba de ánimos para contestar nada, ni sí, ni no, ni por qué diablos no limpia usted, mamá, que estar ciego es distinto a ser parapléjico, por lo que se levantó en silencio, buscó los productos de aseo y comenzó a fregar la sombra de olvido que dejó su abuelo en el piso. Mientras le imprimía al trapo húmedo un vaivén de alga marina, pensaba en lo duro que fue el día de ayer, y el de hoy, y lo extenuante que sería, sin duda, el de mañana; y le atemorizaba la idea de que un día lo abandonaran las fuerzas. No podía permitirle flaquezas a su temple. Su familia dependía de él y no podía dejarlos, sencillamente porque morirían sin su auxilio. Y su hermana, la princesa Marta, que era la única persona sana en aquella casa además de él, no brindaba ninguna colaboración para atenuar el drama diario. A su entender era frívola, trivial, evasiva, una carga más sobre su espalda, cuando debía ser un pilar que lo sostuviera. Pero no podía obligarla a ir en contra de su albedrío. Ella tenía un carácter libre, y preferiría la muerte a sufrir la abyección de recoger las suciedades del abuelo, o curar las heridas que siempre marcaban el cuerpo de Daniel, o intentar tapar, con parapetos inservibles, los innumerables huecos de un hogar en piltrafas. Lucio empezaba a perder las esperanzas de que cambiara por sí sola, que se diera cuenta de lo mucho que la

necesitaban en casa, pero pasaba el tiempo, y la niña hermética se convirtió en una adolescente desagradecida, y esta le dio paso a una mujer indiferente de todo lo ajeno a su mundo rosa interior. Jamás tuvo que escupir sangre junto con él para mantener el barco familiar a flote. Tampoco se preocupaba por la fuente que suministraba la comida, que mudaba la ropa vieja de todos por ropa nueva, que le dejaba dinero en la mesa de noche para sus gastos particulares. Jamás se detenía a reflexionar en que tal vez él requería ayuda, especialmente en los días como hoy cuando, con un haragán en las manos, limpiaba los desechos del viejo ebrio, soportaba la amargura de su madre ciega, se dolía por la carencia de estrella de su hermano, y lidiaba contra las privaciones de la pobreza; nunca estaba ahí para acompañar a su respiración exhausta, para mirar la vida a través de sus ojos derrotados, y obsequiarle un hombro de consuelo a las lágrimas que comenzaban a resbalar por sus mejillas.

Pero no todo era dolor. La sonrisa sana y ligera de Andrea lo invitaba a continuar viviendo, a tener bríos para soportar los pesos que el destino quisiera obsequiarle a cambio de la fe en un futuro mejor. Cuando estaba con su novia, se aliviaban los pesares encallados en su alma, pues ella era la brisa fresca, la flor solitaria, el pájaro lejano y feliz, la miel que endulzaba el ácido de los días... Hoy iría a verla, y su sola compañía sería suficiente para convidarlo a disfrutar de los colores de la vida.

Al terminar de limpiar los desperdicios del abuelo se sentó otra vez junto a su madre. La ciega no detuvo el infinito pasar del rosario entre los dedos, y fijó sus ojos hueros en el lugar donde debía estar el rostro de su hijo. Lucio suspiró, mientras la miraba en la silla de siempre, en su postura eterna, tanto o más miserable que él, rumoreando su inagotable salmodia a unos santos sordos, y sintió pena por ella. Miró la casa desecha, escuchó el suave rumor de su caída constante, y sintió pena de sí mismo. Se levantó de su asiento, sin prestar atención a la ciega, que preguntaba: “¿Adónde vas, hijo? ¿No me vas a preparar alguna cosita de comer?”; y entonces vio, desesperándose por la inutilidad de su madre, dos ollas que estaban tapadas sobre la cocina. “Voy a buscar a Marta, mamá –le dijo, al tiempo que se acercaba a la puerta–. Que te atienda ella”.

Cuando se alejó de la casa iba liviano, grácil, impulsado por el regocijo de ver a su amada, que lo haría olvidar, al menos por unas horas, quién era él, cómo era el mundo, y las cargas que lo torturaban. Iba su alegría iluminada por la esperanza y sus ojos cerrados al presente, ajeno a que Daniel, su hermano, lo observaba tras unos setos cercanos, babeando, temblando, y sosteniendo en su puño cerrado un pequeño objeto de metal.

Elisa observaba con cuánta apatía se bebía su marido el café de la siesta. Él estaba ahí, sentado frente a ella, pero era como si no estuviera. No la miraba, no le hablaba, parecía no notar que seguía viva. Desde que comenzó a pintar su cuadro más reciente, se había enfrascado en un hermetismo total, como si no le importara nada distinto a su creación. Apenas si comía, descuidaba su aseo personal, se comportaba como un muerto en vida; estaba ahí, sí, a solo centímetros de ella, pero su alma reposaba en un lugar lejano, donde un abismo insalvable lo separaba de la cotidianidad. Apenas sus ojos mantenían una braza encendida, una chispa remota de existencia. Cuando apuró el último sorbo de café, se levantó de la silla y quiso irse al taller de pintura, pero su mujer se lo impidió. “Oye –le dijo, tomándolo con suavidad del hombro–, ¿acaso este será otro día más?”. “¿Otro día más de qué? –le interrogó Mauro– ¿Te pasa algo?”. Ella lo soltó y, mirándolo profundamente, le contestó: “De soledad, Mauro, de soledad... ¿Es que no te das cuenta?”.

Sí, se daba cuenta. Era consciente de su falta de interés hacia lo terrenal, pero no estaba en sus manos solucionarlo. Su trabajo actual le exigía de toda la concentración posible y no se permitiría un solo momento de descanso, pues el viento de la inspiración que lo liberaría de la prisión creadora en la que él mismo se había encerrado podía llegar en cualquier instante. Y, cuando esto ocurriera, Mauro quería tener todos sus sentidos en orden, capacitados y engrasados para darle forma física a una visión, a un roce, a una vibración, pues no se perdonaría jamás si dejaba pasar una oportunidad que podía ser irreplicable. Pero, por otro lado, también estaba su mujer, tan cerca que le bastaría con estirar su brazo para acariciarla, mirándolo a los ojos y aguardando una respuesta, mientras que él no tenía nada en sus manos para ofrecerle. No sabía cómo calmarla, cómo pedirle un poco de tiempo más, un poco más de paciencia, cuando comprendía que el tiempo es un don que se nos da con

mezquindad, que la paciencia se agota de tanto esperar, y que es muy difícil permanecer impávido cuando la paciencia y el tiempo se convierten más en fantasías inventadas por los recuerdos que en verdades tangibles del mundo real. Después de un breve silencio, Mauro enmarcó en sus labios una sonrisa mustia, y dijo: “Lo sé, Elisa, me doy cuenta... Pero no puedo evitarlo. Yo también soy prisionero de este cosmos, de este cuerpo, y estoy tan solo como tú, o como cualquiera. Debemos aprender a vivir con eso...”. “Eso no es excusa – le recriminó ella– para que me trates como si no existiera: no me miras, no me diriges la palabra, no te afecta lo que yo haga o diga... Vives ahí, en tu universo paralelo, sin que nadie te logre sacar de esa irrealidad en la que te sumergiste. Y yo estoy en medio de la impotencia más colosal, condenada a ver cómo te vas ahogando, porque ni siquiera entiendo cuál es el motivo del apasionamiento desmedido que te está consumiendo”. “Yo pintaba antes de conocernos –le dijo él, en voz baja–, y cada cierto tiempo sucede lo mismo. Tú sabes cómo soy: me embriago tanto con lo que hago, que a ratos olvido que sigo vivo. Cuando me atasco en estos períodos, siento que mis cuadros están más vivos que yo...”. “Pero nunca –le interrumpió ella– te habías ensimismado tanto con un trabajo. ¡Mírate! ¡Ya ni te afeitas! ¡Casi no comes! ¡Tienes mal aliento y pareces un mendigo! Yo sé que estás pintando una imagen de la muerte, pero, si sigues malviviendo así, quien terminará muerto serás tú...”.

Mauro se miró en el espejo de la vitrina. Había envejecido mucho en los últimos tres meses, como si se fuese desgastando a la vez que componía su obra. Encaró a su esposa, que seguía mirándolo entre las lágrimas reprimidas por tantos años de incomprensiones, y le preguntó si quería que hiciera algo en especial. Ella no tuvo oportunidad de contestarle, pues unos golpes suaves en la puerta de la calle se lo impidieron. “Veré quién es”, murmuró Mauro, aliviado por escabullirse de aquel incómodo conflicto. Era Eloy, su hermano. “Pasa, Eloy –le invitó Mauro, palmeándole el hombro–, y defiéndeme de Elisa, porque, según veo, hoy no las tengo todas con ella”.

Eloy era más alto que su hermano, que Elisa, y que la mayoría de las personas que había conocido. Tenía más de dos metros de estatura. Una delgadez extrema lo caracterizaba, al igual que su piel pálida y unos ojos tristes que parecían ocultar un secreto agotador. Sin

embargo, a pesar de su gran talla y de lo largo de sus extremidades, se movía con una destreza singular, dándole un ritmo de danza a sus pasos de gigante. Al llegar a la sala, Eloy abrazó a Elisa, se sentó en una silla que le acercó su hermano, y le bastó una breve ojeada para intuir que algo estaba descompuesto en aquella reunión. Pasaron algunos segundos de miradas frías, hasta que Elisa, con un: “¿Quieres saber lo que me está haciendo tu hermano?”, comenzó a relatar su versión de los hechos, con su cúmulo de contras, sus insoportables desafueros y sus olvidos injustificados. Mauro escuchó en silencio cada frase de su esposa, sin defenderse, sin alzar la vista del piso, jugueteando con sus dedos sobre las piernas. Elisa continuó quejándose de la desdicha de vivir con un fantasma, de la irremediable pérdida del tiempo invertido en tratar de cultivar flores en un desierto, de los ecos ensordecedores que dejaban sus propias palabras, siempre sin respuestas, flotando en el vacío, sin conseguir algún asidero en la cabeza del hombre que un día remoto había jurado amarla hasta la muerte. A Eloy le preocupaba que los lamentos de Elisa tomaran un tono más grave, pero su hermano le hizo un gesto tranquilizador y le indicó con un leve movimiento de las manos que no se levantara. Las protestas salían de la boca de Elisa como el vapor que escapa por la válvula de una olla de presión, y habría proseguido indefinidamente si su esposo no la hubiese interrumpido para pedirle a Eloy que lo acompañara a preparar unos tragos. “La amo con todo el corazón –le susurró Mauro a su hermano, mientras caminaban hacia la cocina–. Pero, en días como este, me da ganas de estrangularla. Se hace insufrible...”.

“Al parecer se siente muy sola”, le respondió Eloy en la cocina, mientras servían sendos vasos de licor. “Ella te quiere –continuó–, y debe quererte mucho para soportar tus desplantes por tantos años. Te conozco, y sé cuanto te absorbe tu mundo fantástico. Deberías buscar un poco más de equilibrio, de contacto con la realidad, sin disociaciones, pues, al final, la realidad está llena de formas hermosas también, como las nubes, la música, o tu mujer; y el arte no es más que aprender a ver esas cosas, y plasmarlas, eternizarlas con tu estilo, compartirlas con los demás... Pero, si no ves nada, si sigues encerrado en ti mismo, si no descubres el infinito que te rodea, entonces: ¿qué puedes pintar? ¿Qué sustancia pondrás en tus pinturas, si tus ojos están ciegos? No hay que crear fantasías huecas, hermano; todas deberían tener un respaldo de realidad, pues, de lo contrario, nada

valen, y no le aportaremos nada a nadie mientras nos mantengamos aislados en nuestro egoísmo...”. “Tienes razón, Eloy –se defendió Mauro–, en parte, pero te apresuras a juzgarme. Yo amo a la vida por encima de todo; es hermosa, y por eso he dedicado mi tiempo en pintarla y en intuir su misterio; pero eso no se logra solo mirando. Hay que asimilar el alimento que nos brindan los ojos, debemos tantearlo y medrar por caminos oscuros en busca de los detalles más íntimos de la esencia. Por eso me aíslo del mundo y me refugio dentro de mí. Me aparto de la vida, para entenderla; me aíslo de lo magnífico, para hallarlo; me calo en abismos de pánico, a veces terribles, a veces blandos y ligeros, en una lucha eterna y sin tregua por descubrir ese algo que no nos deja dormir por las noches. Deberías comprenderme. Eres músico, y la música es una pintura donde los sonidos son colores, y sus cuadros son conciertos, sonatas, sinfonías, y la alegría y la tristeza, y lo absurdo y lo divino que define la pintura en matices y la música en acordes, es lo mismo. Deberías darte cuenta de que mis obras no me alejan de la vida, pues vivo intensamente mientras las pinto, así como tú vivías para la música, tu piano y tus progresiones matemáticas de arpeggios, antes de que aquella serpiente te robara la mano. Y, aún ahora, a pesar de tu tragedia, continúas viviendo por y para la música, traspasándoles fragmentos de tu alma a los pequeños virtuosos que vas consiguiendo. Así es el arte: una vez que te encuentra, no puedes privarte del doloroso privilegio de velarlo durante cada segundo. Nuestros espíritus intranquilos jamás encontrarán reposo, pero eso no nos amilana. Es un precio que pagamos con gusto. Respecto a Elisa, sabes que la amo y lo mucho que me importa, sabes que sus ojos son los míos, pero, lamentablemente, mis ojos no son los suyos. Ella vive inmersa en su diminuto cosmos ordinario y simple, ese universo común en el que un día sigue al otro, y al otro, y así, hasta la muerte, hasta que nos caigamos de cansancio o de vejez, hasta que el viento nos seque las últimas lágrimas, y no puede escapar de esa trampa de arena con ilusiones de desplazamiento, de esa constante asfixia, a la cotidianidad donde es más lo que se calla que lo que se dice, donde solo vale lo cuantificable, y en la que existen normas condicionantes y sentimientos tan bien disfrazados que parecen más reales que los verdaderos... Ella se anquilosó tanto en su mundo como yo en el mío, y eso nos separa de forma irremediable. La extraño, Eloy, como te extraño a ti, a mis amigos, a nuestros padres, a mi juventud, a todos esos recuerdos polvorientos que se marcharon para siempre, y, aunque se me llenen los ojos de lágrimas y me ponga melancólico, en el fondo

reconozco que no puedo hacer nada para solucionarlo. No fingiré interés hacia nada distinto a mi creación. Me obsesiona, me regala la plenitud por un instante antes de dejarme desamparado; me revuelve las ideas y me invita a vivir, hermano, como a ti tu piano, tus alumnos, como tu soledad en blanco y negro; me incita a vivir para pintarla; me persuade con la promesa de que llegaré a entenderla; me roza con sus dedos largos el corazón en una caricia dolorosa, y me susurra al oído que la alcanzaré en cualquier momento, que no relaje mis músculos, que no suavice la respiración y que me mantenga prevenido, porque estará ahí cuando menos lo sospeche, detrás de la puerta, en la flor del jardín, en el humo de un cigarrillo, en el trino de un canario, en la mirada triste de mi esposa, en tu mano amputada, en cada átomo del ser, porque puede estar en todas partes a la vez, o en ninguna; y esta búsqueda terminó por transformarse en algo tan grande que no quiero ni puedo distraerme con pequeñeces...”.

Mauro no miraba a su hermano mientras hablaba. Su vista permanecía fija en la pared como si quisiera traspasarla, buscando con desesperación el lugar, el instante, la oportunidad para liberarse del delicioso peso que lo oprimía sin compasión. Eloy lo escuchaba con atención, lanzando ojeadas esporádicas al pasillo, temeroso de que Elisa oyera lo que su hermano reconocía con tanta franqueza. Cuando Mauro concluyó, y la brasa en sus ojos extáticos disminuyó la intensidad, Eloy se atrevió a indicar: “Como digas; es tu vida, y mi deseo no es el de intervenir. Solo te di mi opinión. Si estás navegando tras una meta que vale la inversión que haces, y aceptas los riesgos de naufragio, entonces no hay nada que yo, ni nadie, te podamos recriminar. Pero temo que terminarás obsesionado, y alejado de la realidad...”. “¿Obsesión? –le interrumpió Mauro– ¿Crees que esto que siento es una simple obsesión?”.

Eloy recargó el contenido del vaso. Pensaba en la mejor respuesta que podía darle a su hermano, pero, a pesar de ocurrírsele varias, no consideró ninguna acertada. Calló unos segundos, soportando la mirada inquisitiva de Mauro sobre su piel, tan materializada que podía sentir como lo quemaba por dentro, le robaba las ideas y lo desnudaba en sus buenas intenciones. Sin embargo, aunque un poco aturdido, atinó a decir: “Sí, hermano, tal vez tu determinación sea obsesiva. Permíteme contarte algo: el padre de David, mi alumno más

sobresaliente, tiene una fuerte inclinación religiosa. No discute acerca de nada que no se trate de las cuestiones divinas, o sus interpretaciones, o qué sé yo, de lo que platican los fanáticos. Sin embargo, él no se ve a sí mismo como a alguien que está mal, sino todo lo contrario: es el resto de la humanidad quien tiene todos los problemas posibles, pues él va por el camino empedrado en verdades, el que conduce a la vida eterna y bienaventurada, el que llena las almas de paz y pureza, y presiona de tal modo a David, que me extraña que el pequeño no haya enloquecido. A veces, el niño llega a mis clases y, aunque no dice nada, logro adivinar por su semblante que no es feliz, que su padre lo maltrata, y me conmuevo cuando aquel torrente de sentimientos se desgrana en las teclas del piano, imprimiéndole un espíritu a los ritmos que va mucho más allá de los tiempos y las partituras... La cosa es que el padre de David marca con su propia obcecación virtuosista al niño, a un pequeño que nada de culpa tiene y cuyo único interés es el de superar cada día su destreza frente al piano; y entonces termina arrastrando pesos que no son de él, que nunca ha debido cargar; lastres que, a su edad, ni siquiera debería saber que existen... Por eso pienso, con dolor, en ti, en tu esposa, en tus cuadros, y me preocupa que cometas algún desafuero como el del padre de David... ¿No lo crees?”.

Los ojos de Mauro volvieron a quedarse inmóviles, clavados en la pared, y su expresión facial lucía ahora descolgada, ligera, como cuando tenía varios años menos. “No, Eloy – dijo, al fin–, no creo que yo esté obsesionado con esta pintura. Pasión y obsesión son dos cosas distintas. Pero tú, tal vez tú...”. “¿Qué, tal vez qué?”. “Tal vez –agregó Mauro– te veas en mí, y por eso me condenas...”.

La quinta, lujosa e imponente, se levantaba soberbia sobre las casas aledañas. Una alta verja bordeaba al espacioso jardín, repleto de setos, lirios, calas y rosas, y un sendero de ladrillo zigzagueante, con algo de río azaroso, cruzaba la verdura hasta llegar a la opulenta vivienda. Había tres personas reunidas en el zaguán, sentados en cómodos muebles de madera, charlando una de ellas a viva voz. Era una pareja con su hijo, un niño de doce años. El hombre, Joaquín, leía con voz extática *Las Bienaventuranzas*, del Santo Evangelio Según San Mateo, mientras su esposa lo miraba fijamente, y el niño cabeceaba una y otra

vez, intentando vencer el sueño. Cada vez que Joaquín terminaba de mencionar alguna bienaventuranza, interrumpía la lectura para hacer un análisis largo y latoso de lo que, a su entender, quería señalar el Señor cuando regaló estas perlas al mundo. Al leer la que trata de los misericordiosos, hizo un paréntesis para aclarar su concepto de misericordia. “Es fundamental tener claro lo que esta palabra quiere decir –indicó–: primero, podemos apreciarla como una virtud, por cierto muy escasa, donde quien la tiene entiende que Dios está en todas las cosas, especialmente en los hombres que estamos hechos a su imagen y semejanza, y que debemos aprender a hallarlo detrás de la capa material que nos forma para respetarnos y amarnos los unos a los otros, y condolernos por el sufrimiento de nuestro prójimo puesto que el Señor está en él; porque, si ignoramos sus penas, cometemos un pecado mortal al ignorar las penas del Señor...”.

David estaba poco interesado en oír aquellas interpretaciones paternas las cuales, además, ya había escuchado muchas veces durante su corta vida. Era solo un niño, y como tal se le hacía más fácil presentir a Dios en el vuelo de un pajarito que en un libro gordo, sin dibujos, destazado y malinterpretado por un padre afecto a los sermones medievales. Estaba hastiado, con sueño, sufriendo aún el cansancio que le causaron las cuatro horas de prácticas de piano del día anterior. Joaquín seguía hablando sin parar, explicando la cuarta razón del por qué es tan importante la misericordia, cuando David cerró los ojos, cabeceó una vez más, exhaló un suspiro que provenía de lo más profundo del pecho y, pensando en que quizás su padre no había practicado aquello de lo que se jactaba, terminó quedándose dormido.

Unos violentos gritos lo sacaron de la inconsciencia. Joaquín detuvo su soliloquio al descubrir que su hijo se había dormido, y lo reprendió con tanta fuerza que lo hizo llorar. “¡No llores! – Le expectoró– ¡Sabes bien que no es correcto taparse los oídos ante la sabiduría divina! No comprendo qué te pasa. No comprendo tu falta de interés por los asuntos de Dios. ¿Es que no te importan? ¿Acaso te parecen aburridos, o carentes de utilidad? ¿No sabes que el único modo de encontrar el camino verdadero es a través de la Biblia?”. David continuaba llorando, con la vista fija en los adoquines del piso. Joaquín calló unos segundos; miró a su mujer, que estaba boquiabierta, miró al niño, que

permanecía en silencio, y prosiguió: “A ver, David, solo para enterarme de qué hay en tu cabeza, respóndeme: ¿qué crees que quiso decir el Señor, cuando proclamó la conocida frase *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de ellos es el reino de los cielos*? Dime, ¿por qué piensas que Jesús dijo eso?”. Reprimiendo el llanto hasta convertirlo en sollozos ahogados y juntando todo el valor que le fue posible, David le respondió: “Que los niños somos puros de alma, papá, y por eso, si morimos, podemos ir al cielo...”. Tal veredicto enfureció aún más a su padre, que se paró del sillón, detuvo su rostro hirviente frente al de su hijo, alzó la mano, amenazante, y le dijo: “¿Solo eso? ¿Esa es la respuesta que tienes?”. Helena trató de abrir la boca para decir cualquier cosa que pudiera calmar a su exacerbado marido, pero él la petrificó en la silla al lanzarle una mirada desencajada. “¿No crees, acaso –continuó diciéndole a David–, que cuando Jesús dijo esto señaló que los niños no deben permanecer excluidos de su mensaje? Y entonces, ¿cómo explicas tu inexcusable desinterés? ¡No puedes! ¡No tienes nada que argumentar! En fin; no permitiré que sigas estropeando el culto. Siéntate ahí, abre esos ojos bien grandes, que yo los vea, y abstente de pronunciar palabra hasta que terminemos”.

Joaquín intentó recuperar la mesura respirando muy hondo, pero no pudo. La descortesía de su hijo lo había afectado profundamente. Retomó la Biblia, buscó una sentencia especial y comenzó a leerla en voz alta:

Entonces les tocó los ojos, diciendo:

Conforme a vuestra fe os sea hecho.

Y los ojos de ellos fueron abiertos.

“¿Sabes qué quiere decir esto? –dijo Joaquín, cerrando la Biblia y dejándola reposar sobre sus piernas– Por supuesto que no sabes, pues lo único que te gusta es dormir y dejarte llevar por la pereza. Esto pudiera ser entendido de dos maneras distintas: la primera, que es como sin duda sucedió, se refiere al acto fidedigno de cómo nuestro Señor devolvió la vista a dos ciegos desdichados. Pero el Libro Sagrado no solo cuenta las cosas que pasaron, sino que prevé además las que pasarán, porque: *Sale el Sol, y se pone el Sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta...* ¿Comprendes eso, hombrecillo ciego? ¿Ya ves

adónde quiero llegar? Cualquier extracto, versículo, o pequeño trozo de la Biblia, va más allá de esa interpretación o descripción histórica exacta; son alegorías escritas para que sirvan de guía a los hombres buenos y dignos, como, y perdónenme la falta de modestia, yo; y esos innumerables fragmentos, esos regalos de la sabiduría divina, son los que nos enseñan qué cosas debemos hacer, cómo hacerlas, cuándo, por qué y con quién. Yo entiendo algo en el texto que les acabo de leer: es una metáfora que indica, con suma claridad, que ustedes dos están ciegos, y que sus corazones se endurecieron por caer en las tentaciones banales de este mundo cotidiano; que yo soy el pastor en quien ustedes confían y apostaron su fe, y al que le ruegan, apelando a la misericordia que glorifica, que los cure del daño que les impide ver la verdad original, que los sane para siempre de esta ceguera que va más allá de simples problemas en los ojos; y entonces yo, con mi palabra, valiéndome de la fe que me prodigan, sirviéndole a Dios como instrumento y puente de su infinita compasión, los sacaré de su oscuridad, seré la luz que los guíe fuera de este laberinto de penumbras infernales donde los colocó el odio, el recelo, el egoísmo, la anarquía, la indiferencia, el escepticismo... Y, aunque no sea fácil, lo haré. Lo haré sobre cualquier obstáculo que se interponga. Por eso te advierto, David, que la próxima vez que te vuelvas a dormir en el culto, o cuando me niegues la atención debida, te irá mal. No permitiré que tu desidia se interponga en el camino de la salvación de tu alma. Debo velar por ti, por tu madre, por sus destinos inmortales, y por eso prefiero pasar algunos malos momentos en esta corta vida material, a cambio de no perder ni solo un segundo de la paz que nos aguarda en la vida eterna”.

Joaquín se fijó en su reloj de pulsera. Iban a ser las cuatro. Miró a su hijo, con la voz un poco más sosegada, y le dijo: “Es hora de que comiences a alistarte para asistir a tu clase de piano. No debes llegar tarde. Puedes irte. Tu madre y yo continuaremos leyendo un rato más, y haremos juntos una oración por tu alma”.

El niño sintió que un gran peso se le quitó de la espalda. Detestaba los sábados. Pasaba toda la semana temiéndole al aborrecido día, pero este siempre llegaba. El hastío de aguantar varias horas los sermones de su padre era cada vez más insoportable y agotador. Lamentaba no tener otra opción. Fue por eso que aceptó, con bastante agrado, la sugerencia que le hizo

su maestro de música de tomar clases adicionales los fines de semana. Era mucho más gratificante tocar el piano que soportar aquella evangelización a fuego. Al recibir la autorización paterna, se levantó de la silla, le dio un beso en la mejilla a su madre, se despidió de su padre con un “hasta luego, papá”, y se fue en un trotecito rápido a su cuarto, donde lo esperaba el cuaderno de anotaciones musicales. Cuando volvió a atravesar el zaguán, con su mochila al hombro, vio que su padre estaba inmóvil, con los ojos cerrados, murmurando frases incomprensibles, tal vez sosteniendo una conversación privada con el Creador. Su madre le hizo un gesto de despedida con la mano, pero no se atrevió a decir nada por temor a sacar a Joaquín de su ensueño sagrado. David respondió de igual forma, y emprendió la marcha por el sendero zigzagueante del jardín. A la mitad del camino, se detuvo para oler una rosa amarilla que se abría, espléndida, de frente al cielo con sus pétalos extendidos, entregándole sin mezquindad lo mejor de sí a la brisa andariega.

No miró atrás al cruzar la puesta principal de la verja. Tan solo pensó en cuándo sería la última vez que traspasaría aquella amarga barrera para no regresar nunca más. Odiaba la soberbia irracional de su padre, al humillante silencio de su madre, a su hado cruel, al mismo mundo que abrigaba tantas cosas retorcidas en su seno, y, por encima de sus odios menores, odiaba al dios de su padre, creador de disparates, arquitecto inmoral que nos daba a escoger, basado en un supuesto libre albedrío, opciones perversas en un menú de opciones crueles por las cuales dilapidar la vida. “El piano hablará por mí hoy –pensó David, mientras andaba hacia la casa de su maestro–. Le contará al viento todas mis tristezas, y sus sonidos serán palabras que solo yo entenderé. Mi maestro las intuirá, y me aplaudirá, como todos los días, mas no las comprenderá. Las notas serán mis pensamientos secretos, mis lágrimas calladas, mis risas irreales, lo que me duele y lo que me pesa, pero morirán sin ser escuchadas, se detendrán las vibraciones sin sembrarse en otro corazón distinto al mío, se extinguirán las brasas por cansancio...”.

-No sé por cuánto tiempo pueda soportar esta miseria, Andrea –le dijo Marta a su amiga–; es muy difícil de tolerar. Por un lado, mi madre: se vuelve más fastidiosa cada día. Amargada, seca, exasperante... La ceguera es lo menos malo en ella. No quiere levantarse

de la silla por ningún motivo, y pretende que yo la atienda como si fuese su criada: Marta, tráeme esto; Marta, prepárame la comida; Marta, búscame la ropa... No colabora con nada; es como si quisiera pesar más de lo que ya pesa. De Daniel prefiero no hablarte: cada mañana amanece más loco; lo babea todo, siempre está estorbando, persiguiéndome, espiándome, no me da un segundo de privacidad... Y el abuelo es el peor: se la pasa borracho, dando lástima en el primer rincón donde caiga. Ya no los aguanto. Siento pena por Lucio, pero no me apetece esperar a que la vida se me gaste siendo solidaria con él. Su paciencia es mayor que la mía, que se agotó hace rato. Solo le pido a Dios que pasen los días, que venga lo que tenga que venir, pero que todo cambie, y pronto, porque este horror diario va a terminar por matarme.

Andrea escuchaba atentamente lo que Marta le manifestaba. Al tenerla tan cerca, sentada junto a ella sobre la cama deshecha, podía sentir las energías represadas en su alma. Sin atreverse a mirarla a los ojos, le dijo:

–Trato de comprender lo que sientes, aunque no sé qué decirte. Supongo que el destino, a veces, pareciera más injusto de lo que debiera ser. Pero es el único que tenemos, y no hay más opción que sufrirlo.

– ¿Eso crees? –La interrumpió Marta– ¿De verdad piensas que no hay más opción? No, amiga, no estoy de acuerdo. Oye esto: hay un hombre, muy elegante y buen mozo, que lleva algún tiempo cortejándome. Lo conocí un viernes cervecero, en una discoteca. Yo fui sola, para pasar un momento distinto, a alternar con gente nueva. Me senté en la barra, bebiéndome la única cerveza que podía pagar de mi bolsillo, cuando él se acercó a mí. Comenzó como todos, preguntándome por esto y por lo otro, con una decencia intachable. A primera vista aparentaba menos de cuarenta, aunque me enteré luego de que pasaba los cincuenta. Es increíble lo bien conservado que está. Me invitó varias cervezas, mientras nos sacábamos información mutuamente. Me contó que es viudo; que tiene dos hijos, ya graduados en la universidad; que es un alto ejecutivo en una empresa textil; que vive solito, y que aspira reiniciar su vida. Bastante bueno para ser real, ¿no? Pero no veo por qué no otorgarle el beneficio de la duda.

– ¿Y por qué no me lo habías contado antes? –Preguntó Andrea

–Porque me daba miedo que pensaras mal de mí –respondió Marta–. Valoro mucho tu opinión, y no quiero que saques conclusiones equivocadas sobre mi honra. Además, no quería apresurarme a emitir juicios de alguien a quien apenas estaba conociendo. Durante toda la noche Emiro, que así se llama mi galán, se comportó como un perfecto caballero; hasta me llevó a mi casa, en un carrozo de lujo. Tras ese día hemos salido juntos varias veces, al cine, a restaurantes, paseamos por centros comerciales, me compra mil regalitos románticos... Pero, ¡no pongas esa cara, que no hemos ido más allá de lo debido! Emiro es un perfecto caballero, y no ha tratado de ponerme un dedo encima. Me llama por teléfono todos los días, me escribe cartas de ensueño a mi correo electrónico, me obsequia flores los miércoles... Es un buen hombre; y sé que está esperando mi autorización para transformar este inicio informal de relación en algo serio y digno.

– ¿De verdad pensaste que te iba a juzgar porque estás saliendo con un tipo mayor? – Preguntó Andrea– Me sorprende la poca confianza que me tienes, a pesar de ser amigas desde hace tantos años. No le encuentro ningún inconveniente a que comiences un noviazgo formal con él, si es tan bueno como dices. Carece de problemas: no está casado, no tiene hijos pequeños, no es un vago... Lo que no comprendo es por qué no lo has atrapado. Lo único que importa ahora es que estés segura del paso que vas a dar; porque un hombre con esas características no creo que se ande con juegos.

– Ese es un detalle al que no logro atinarle aún –dijo Marta–. No sé si quiero dar ese paso tan pronto. Tal vez sería un poco apresurado. Me gustaría conocerlo mejor antes de seguir adelante. Los caprichos de la vida pueden ser muy crueles y dolorosos, si nos equivocamos de camino. Por eso me da miedo lanzarme al agua, sin saber si el flotador está cerca.

– ¿Es que él ya te habló de matrimonio? –Preguntó Andrea.

– ¿No te digo que no me ha dado ni un beso? –Dijo Marta– ¿Cómo va a estar hablándome de matrimonio? No, Andrea, nada de eso, todavía... Pero, hay un lenguaje que, aunque no se pronuncian palabras, ambas personas entienden. Son ideas que quedan sobreentendidas en los gestos que se usan, en la chispa de una mirada, en el calor de un contacto breve, que nos permiten intuir el rumbo que pudieran tomar las cosas en un futuro supuesto.

– ¿Y qué hay de Lucio? –Preguntó Andrea– ¿No te parece desalmado dejarlo solo con todo el peso de la familia? No, Marta. No lo puedes abandonar. Él se parte el lomo trabajando muy duro para que tú estudies. ¿O es que también piensas dejar los estudios?

– ¿A quién engaño con esa parodia? No nací para estudiar, Andrea, y tú lo sabes muy bien. Llevo año y medio en la universidad, y aún sigo en el primer semestre... ¿Para qué voy a hacer que mi hermano siga gastando el poco dinero que gana en una causa perdida? Eso sí que es injusto. Lamento en el alma que Lucio cargue solo con nuestro peso, pues sé que eso es injusto también. Sé que es injusto que mi madre se quedara ciega, que mi padre se suicidara, que mi abuelo se alcoholizara, que mi hermano naciera retardado, que mi tío muriera de cáncer, pero tú misma lo dijiste: así es el mundo. Cada uno de ellos, a excepción de Daniel que no pudo elegir, hizo con su vida lo que quiso; y yo también tengo derecho a escoger un destino que me pertenezca, donde no esté atada a un manojito de minusválidos que nunca sanarán, y a hacer lo que desee con este cuerpo que Dios me regaló para vivir y que no me durará por siempre. Ya no tolero estar en casa; no sé por cuánto tiempo más pueda soportar tantas locuras sin enloquecer también yo; por eso debo huir apenas tenga la oportunidad, armar mis maletas y decir adiós, a pesar de la gran tristeza que me dé abandonar a Lucio en manos del azar; pero, debe ser así, pues la otra opción es la de morir de desesperación, y créeme que no quiero terminar ni loca, ni suicidándome...

– Todas las familias tienen problemas, Marta. Fíjate en la mía: mi hermano es un adicto, y creemos que está robando para pagar sus vicios; mis padres, amargados por una vida difícil, conviven sin hablarse entre ellos ni a nosotros; yo, saliendo a escondidas con Lucio, aunque llevamos cuatro años de noviazgo... ¿Lo ves? Nadie se salva de enfrentar percances. Somos seres imperfectos, y estamos llenos de cosas inevitables...

– ¡Pero es que a mi familia le cayeron todos los males juntos! –La interrumpió Marta–. No compares tus penas con las mías, si no quieres salir perdiendo. Solo Lucio tiene valor en ese nido de desequilibrados.

– Y si pretendes ayudarlos –dijo Andrea–, ¿por qué no empiezas por pasar tus materias este semestre? A mi entender, eso es lo mejor que puedes hacer: graduarte pronto y conseguir un buen trabajo, en lugar de estar esperando a que te salve un príncipe en su caballo pura sangre.

– ¿Y de verdad crees que se puede ayudar a personas que cayeron tan hondo? –Inquirió Marta.

– Pregúntale eso a tu hermano. Él al menos lo intenta...

– Pero, ¿qué cabeza me va a quedar para preocuparme por las matemáticas, o por la estadística, o por el inglés, cuando se nos está cayendo la casa encima? –Preguntó Marta– Hay que ser realistas, Andrea. Además, suponiendo que lograra superar ese obstáculo, ¿piensas que aguantaré los cinco años de carrera? Es demasiado... Ya no resisto ni cinco días.

– Entonces, ¿tu única opción es la de atrapar un viejo rico que te lance un salvavidas? – Preguntó Andrea.

– No lo sé. Ya te dije que no he decidido nada al respecto. Esto es muy duro para mí. Tal vez no exista ese príncipe de cuentos de hadas que dices. Quizás el destino me obligue a quedarme para siempre en la casa del horror. Solo te digo que, apenas se me presente una oportunidad real para escapar, la aprovecharé sin mirar atrás ni dudarlo, porque no aguanto malvivir así cada día, todos los días...

– No deberías perder la calma. Fíjate: tengo una tía que vive en Caracas, más o menos acomodada, y me ha propuesto varias veces que me mude con ella. Pero no quiero hacerlo. No puedo abandonar a mi familia solo porque tengamos problemas; al contrario, prefiero seguir aquí, a pesar de los malos ratos, pues sé que, al final, cuando esté en mis manos, los voy a ayudar. A ellos les debo lo que soy, y no los dejaría por un simple capricho infantil.

– ¿Capricho infantil? Así ves tú al mundo, Andrea, porque has crecido protegida por una cúpula de cristal. Mi realidad no tiene nada que ver con la tuya. Ojalá pudiéramos intercambiar familias aunque fuese por un día, para que te dieras cuenta de que la desesperación absoluta va mucho más allá de ser un simple capricho infantil.

– No creo que puedas soportar a mis padres durante una semana. Y eso sin nombrar a Víctor: es insufrible... ¡No te quejes tanto, Marta! ¡La vida tiene cantidad de cosas buenas! Estoy segura de que si enfrentas con tranquilidad tus problemas, sin enloquecer, le encontrarás muy pronto una solución, lograda con tu propio mérito, claro, sin que tengas que venderte al mejor postor.

– ¿Vender? ¿De qué estás hablando? No me pienso vender... Huir, tal vez; pero jamás venderme. Son dos situaciones bien distintas. Tengo derecho a ser feliz, Andrea; y si me toca mandarlo todo al carajo para serlo, pues llámame cobarde, vendida, traidora, o cómo te dé la gana, pero lo voy a hacer. Eso te lo juro...

“No sé qué camino es este. Hay casas extrañas a mi lado, algunas grandes, otras pequeñas, y he pasado mil veces frente a todas cuando recorro esta misma ruta, ya sea siguiendo a mi hermano, como hoy, o a Andrea, sin que ella se dé cuenta, y también solo, sin comprender adónde o por qué, buscando en algún lugar ese algo que me falta, pero nunca logro recordar esta vía ni sus fachadas, pues cada vez que las miro es como si fuera la primera. Sigo a Lucio por este desorden de callejones y cruces, de jardines y de aceras, sin saber por dónde voy, pero sí sé adónde llegaré. Sé que él va a visitar a Andrea, como lo hace cuando le va mal en casa y grita, y pelea, o en aquellos días de silencio en los que cruza la puerta con lágrimas en los ojos, casi tan triste como yo. Me basta con seguirlo de cerca, sin perderlo de vista, para encaminarme adonde quiero. Aunque debo ser muy cuidadoso, pues si me descubre seguramente me insultaría, me ordenaría volver a casa, y me humillaría delante de Andrea, mi bella Andrea... Él no sabe el daño que me causa sentirme avergonzado ante ella. Casi no puedo resistirlo. Andrea es tan pura, tan fresca, tan perfecta, mientras que yo, yo apenas soy un...

¿Dónde está Lucio? Sí, ahí lo veo, un poco más allá, el más digno, andando con sus pisadas sublimes, tan perfecto como ella. Se está metiendo por esa calle... Lo seguiré. No puedo quedarme aquí solo, pues no sé dónde estoy. Las casas se tornaron más oscuras, las personas mudaron las sonrisas de sus rostros y ahora me rozan con sus ojos agudos, me juzgan, me desprecian... ¡Miren a esos niños! En vez de estar jugando, comenzaron a lanzarme piedras, y a gritar: “Corroncho, corroncho”. Quiero correr, para alejarme de ellos a la mayor velocidad que me lo permitan las piernas; pero no, no puedo hacerlo, siempre tropiezo antes de despegar, siempre se me enreda un pie con el otro, siempre hay un escalón que estorba, un charco en el cual resbalar, y caer... ¡Lo ven!, por huir de los niños empecé a correr, cuando, ¡ay!, golpearon mi cabeza con una piedra, y se me trabaron los pies, y caí, caí, como en un abismo insondable... Estoy ahora en el piso, inmóvil, sin saber si he muerto o no, y en esta confusión de agonía siento un profundo dolor en la cabeza y otro en el alma: el primero por el impacto seco en la sien, y el segundo por ese coro de risas infantiles que maltrata mis oídos con más brutalidad que sus guijarros. Pero no, no he muerto aún. Tengo un sabor a sangre y a tierra en la boca que demuestra que sigo con vida.

No demoro en levantarme y volver a acechar a mi hermano, con todo el sigilo posible. Dobló de nuevo, por la esquina de aquella casa sombría y amenazadora. El golpe en la cabeza debió afectarme, pues no consigo coordinar bien los pasos. He caído varias veces más, y me corté el brazo con un vidrio que parecía esperarme en el suelo. Pero mi hermano no se detiene en su marcha, no sabe que lo estoy siguiendo, no tiene idea que sangro y que me encuentro mal, que sin él estaría perdido en este laberinto de enemigos. Él va feliz, llevando a cuestas su corazón ilusionado, libre de las miserias que se arrastran bajo los cimientos de su felicidad...

No puedo, cada vez que lo miro a los ojos, evitar que un sinfín de malas evocaciones me persigan y acorralen, porque en él está representado nuestro hogar, mi madre que no me soporta, ese anciano siniestro que llora en los rincones y que huele muy mal, una hermana que me odia, un destino que no sonrío, y el recuerdo ajeno de un padre que no conocí. Soy un estorbo para ellos, lo sé porque siempre me lo gritan, porque nunca hay un gesto de cariño hacia aquel que les produce tanta repugnancia. No es mi culpa. Yo no escogí nacer así, limitado, encerrado en mí mismo, imposibilitado para exteriorizar mis verdaderos sentimientos. A veces, quisiera no sufrir esta incapacidad de comunicarme con los demás, porque el silencio forzado retumba en mis oídos, y mi pecho trata de reventarse por este amor reprimido, y me siento muy solo, y muy triste, y entonces no quiero ser quien soy. Pero no tengo opción. Así nací y, sin duda, estoy condenado a seguir igual hasta el momento de mi muerte.

Entre mis dedos está el amuleto que me da fuerzas para sobrevivir, que me sirve de sostén cuando mi ánimo decae y me confirma que existen obras perfectas en la vida, lisas, blandas y bellas. Son las llaves que se le cayeron a Andrea de su bolso hace mucho tiempo, una tarde en la que visitaba a Lucio en nuestra casa. Esa noche llegó el abuelo con una de sus crisis en la que chilla, maldice, y arroja lo que tenga a la mano contra el piso. Andrea le dijo algo a mi hermano que no entendí, y él le respondió que sí, mientras intentaba controlar al viejo para que no se hiciera daño a sí mismo o a los demás. Entonces ella se marchó sola, y fue cuando aproveché el alboroto causado por los gritos y el forcejeo para fugarme tras la

mujer más hermosa de la tierra sin que nadie se diera cuenta. Supongo que iba de retorno a su hogar, andando por el que tal vez sea este camino que transito hoy, con sus fachadas extrañas y sus rostros oscuros; y yo iba detrás de ella, soñándola, deseándola, sintiendo la suavidad de su piel en mi imaginación, respirando el aire tibio que exhalaba su cuerpo a cada latido, entrecruzando mi tosca mano con sus dedos níveos de diosa, percibiendo el olor a miel que dejaban sus pasos sobre la acera gris, cuando una cosa brillante cayó desde su bolso al suelo, sin que ella lo notara, porque va siempre con prisa, porque nunca mira atrás, y ahí se quedó el objeto radiante, inmóvil, encima de un ladrillo que quizás sea este que estoy pisando ahora, como si esperara a que yo lo recogiera. Al acercarme, vi que eran las llaves de su casa, unidas por una cadenita corta a un gracioso llavero de metal. Las agarré sin dudar, y las sostuve por primera vez entre mis dedos como si fuera su corazón. Las aferré con tanta fuerza, que las delicadas sierras de cada llave penetraron en la carne de mi palma, y fue el dolor más hermoso que jamás padecí, pues la sentí a ella formando parte de mí, combinando su perfume con la sangre que manaba de la herida, mezclándose en un ente único con mi sufrimiento y mi soledad. Desde ese día conservo al mágico amuleto cerca, donde pueda alcanzarlo cada vez que la energía me abandona y mi lengua se hace más grande que la boca, cuando alguien me ordena que me quite de ahí, que salga a la calle, que me esconda en un lugar donde no logren verme nunca más; porque en este haz de llaves está representado todo lo que mi amada es... Estuvo en sus manos tiernas, abrió la puerta de su casa, recogió su sudor en las ranuras, descubrió los sagrados misterios que oculta el pequeño bolso que lleva colgado al hombro, fue un instante en su rutina por el tiempo suficiente para impregnarse con el aroma a margaritas silvestres de su aliento, fue de Andrea, y ahora es mío; puedo sacarlo del bolsillo cuando lo desee y recordar el amor que le profeso, la pasión que despierta en lo más hondo de mi esencia maltrecha, y la pena que siento al saberla inalcanzable.

Pero, ¿de qué estoy hablando? ¿Cuál es el placer en torturarme soñando con cosas que no sucederán? Es imposible... A veces pienso que jamás juntaré valor para entregarle sus llaves, estas llaves mágicas, y aprovechar ese momento irrepetible para confesarle lo mucho que la amo; pues sé, porque siempre ocurre lo mismo, que si llegara a tenerla frente a mí, mirándome a los ojos, dándome su atención, no podría decirle ninguna palabra. Cuando

quiero compartir los sentimientos del alma encarcelada en mi cuerpo deficiente, las frases se niegan a salir de mi garganta, el aire se vuelve plomo en mis pulmones, mi lengua crece tanto que, en ocasiones, temo que se arrastre por el suelo, pierdo el control de mis movimientos, mis huesos parecen doblarse dentro de la piel, mi savia fluye desquiciada por las venas, la respiración se agita, y solo mis ojos, mis insignificantes ojos que nada han aprendido a mirar, responden a los impulsos de un corazón enloquecido con dos gruesas gotas que se fugan de sus cuencas y ruedan por mi cara dejando surcos de lástima...

Ella es tan bella, tan fresca, tan radiante, y yo apenas soy una obra incompleta, un sinfín de limitaciones, un prado árido, sin hierba ni flores... Tal vez nunca reúna el coraje necesario para devolverle estas llaves que tanto me duelen en las manos, y contarle los secretos que tanto me duelen en el alma. Sin embargo, siento que, de no hacerlo, moriré por no poder soportar esta tristeza. Ese es el mal hado de mi fortuna...

¿Dónde estará mi hermano? Lo perdí de vista... Pareciera que se lo tragaron estas calles por las que he transitado mil veces, y que no terminaré de comprender. Por pensar en Andrea, olvidé seguirlo, y ahora me quedé solo, extraviado, sin saber cómo volver a casa, o para qué. ¿Qué voy a hacer? Hay un grupo de personas en esa plaza; mírenlos cómo se ríen, cómo abren sus enormes hocicos negros, cómo enseñan sus dientes agudos y perversos, mientras gritan... ¿Me gritan a mí? ¿Se ríen de mí? ¡Oh, Dios mío! ¡No sé hacia dónde estoy corriendo! Las aceras son tan irregulares, los carros tan silenciosos, el laberinto tan complejo... ¿Dónde estás, hermano? ¿Dónde estás, Andrea? No, no están... Estoy solo... Nadie se conmueve de mi llanto...

El juego inicuo de los niños me lastimó la cabeza, y el brazo no deja de sangrarme. Estoy mareado, desorientado, abatido... Quiero volver a casa, pero no sé cuál camino tomar... ¿Será por ahí, por ese cruce, donde están dos mujeres hablando? ¿O tal vez será por allá, por el puente, o por la acera, o por el parque, o por la plaza, o por dónde, Dios mío, por dónde es, por dónde llego a casa, por dónde encontraré a Andrea, cuál será la ruta que le prodigue un poco de paz a mi alma?

Mi hermano aparece, de la nada, unos metros más adelante. ¡Qué alegría! Con solo verlo mermaron mis angustias, volvió la fuerza a mis piernas, y dejé de sudar. No lo perderé de vista otra vez. Lo seguiré, muy despacio y furtivo, como lo he hecho tantas veces...

Tranquilo, corazón mío; controla tus latidos desenfrenados, relaja tus tensiones y no te precipites, pues pronto verás a la princesa con quien sueñas cada noche, y que engalanas con los versos desleídos que jamás podrás crear...”.

Cuando Lucio llevaba medio camino recorrido hacia la casa de Andrea, vio a un pequeño que, con pasos cansados, se acercaba a él. Era David, el niño pianista, el hijo del beato, el chico solitario. A Lucio le agradaba la tímida manera con que el niño se expresaba, pues estaba convencido de que, en el adverso de esos gestos cortos, tras esas manos que nunca cesaban de moverse, dentro de aquel cascaron de silencio, se escondía el alma de un gran ser humano. Los rumores sobre el fanatismo del padre de David pasaban de boca en boca entre los vecinos, y muchos de estos cotilleos llegaron a oídos de Lucio. Por esos cuentos terribles del entusiasta religioso, algunos ciertos, otros producto de la imaginación popular, en el pecho de Lucio se fortaleció un sentimiento de solidaridad para con David, y se tenía prometido que lo ayudaría a alivianar su carga apenas pudiera. Ahí lo veía venir, ¡pobre niño!, arrastrando los pies, la espalda arqueada, la mirada fija en la calzada, andando como si le dolieran en el cuerpo los sufrimientos del corazón. Cuando lo tuvo cerca, le tocó con suavidad un hombro para sacarlo de su ensimismamiento.

– ¡Hola, David! –Dijo Lucio– ¿Cómo estás?

– Bien, señor -. Respondió David.

– ¿Y por qué tienes esa cara? ¿No irás al matadero, o sí? - Le preguntó Lucio.

– No señor –respondió David–. Voy a la clase de piano, con el profesor Eloy.

– No me digas señor, amiguito; dime Lucio, como me llama todo el mundo. Y, cuéntame: ¿vas a clases de piano toda la semana, o solo algunos días?

– Toda la semana, señor, de lunes a domingo, cuatro horas diarias de lunes a viernes y dos horas los fines de semana y días de fiesta.

– ¿No me dirás que aparte practicas en año nuevo, o en tu cumpleaños? Hay que relajarse un poco, distraerse, dejar un rato para las actividades de recreación... Si no, nos agotamos en exceso, no rendimos en las diligencias que hagamos, y terminamos yendo por la calle con esa misma cara de aflicción como la que traes ahora. ¿No te gustaría hacer otra cosa? ¿Disfrutas tantas horas de música al día?

– Sí lo disfruto, señor. Además, es lo único que sé hacer... Desde que estaba muy pequeño, mi padre me inscribió en una academia, pues, al parecer, nací con talento para eso, y mi deber es aprovecharlo al máximo. No creo ser tan hábil como dicen; es solo que se me facilita un poco memorizar las piezas, y tengo algo de oído musical...

– Y también vas a la escuela, supongo. - Inquirió Lucio.

– Sí, señor. Todas las mañanas. - Respondió David.

– Y, ¿en qué momento –preguntó Lucio– haces cosas de niños? Según veo, tu horario está bien apretado.

– Es verdad, señor. Tengo muy poco tiempo para el ocio.

– No me llames señor, David, que todavía no me he casado, ni tengo hijos... ¿Y cómo vas en la escuela? ¿Te queda tiempo y ánimo para estudiar?

– Muy poco, señ... Lucio, porque mi padre... bueno, porque en casa nos acostamos temprano, así que rara vez tengo oportunidad de sentarme a repasar. De todos modos, lo que enseñan en la escuela es muy básico, por lo que no es necesario quemarse las pestañas si queremos aprender una pizca de matemática, de lenguaje, o de historia... Y gracias a esos detalles que se entienden con solo asistir a clases, he conseguido un desempeño aceptable; hasta podría decirse que sobresaliente. Pero no estoy muy interesado en la educación tradicional. Sé que mi destino es el de ser pianista, que es una profesión tan respetable como la de médico, o la de abogado... Mi padre me lo dice siempre.

– Pero también es importante aprender muchas cosas... La cultura general es fundamental en la vida moderna. Mientras más conozcamos, más amplio será nuestro espíritu, y más libre. No podemos instruirnos en un único asunto, porque dime: ¿qué ocurrirá mañana, cuando vayas en un carro y se averíe, y no sepas qué es una bujía, o cuál es el alternador? O cuando tengas una novia: ¿de qué le hablarás? Si te pones a platicarle solo de piano y de música, seguramente se aburrirá, y te dejará por otro pretendiente que baile bien o que la haga reír con sus chistes... ¿Lo ves? Es conveniente dominar la mayor diversidad de

información que nos sea posible, y eso nada más se logra de dos maneras: o estudiando, o viviéndolo en el propio pellejo y adquiriendo experiencia... ¿No lo crees?

– Si usted lo dice –respondió David–, así será, señor...

– A ver, y cuéntame: ¿qué haces en tus ratos libres? ¿Con qué te distraes cuando estás fastidiado, y no tienes ningún deber pendiente?

– Eso no pasa casi nunca, señor Lucio, porque el día es más corto de lo que parece, y siempre hay algo por hacer... Pero, en esos escasos intervalos, leo la Biblia, compongo música sencilla, o, si mi padre no está en casa, miro unos minutos de televisión.

– ¿Sabes? Tengo un amigo que es el entrenador del equipo de fútbol infantil de la urbanización. Podría pedirle que te aparte un cupo para que te inscribas y practiques con ellos. Uno de los tesoros más valiosos de la vida, David, es la diversión: reír, correr, llenarse de barro hasta el pelo, compartir con personas de nuestra edad... es fabuloso. Deberías intentarlo. Puedo apostar a que, desde la primera patada que le des al balón, comenzarás a disfrutar. Y no te quitaría demasiado tiempo: creo que los entrenamientos no duran más de una hora, o dos, que seguro se van volando... ¿Qué me dices? ¿Converso con mi amigo?

– Tal vez no sea una buena idea. No me queda tiempo libre para nada de eso.

– Siempre hay tiempo para divertirse un poco –le reprochó Lucio–, y olvidarnos de la rutina, para relajarnos y alegrarnos... Basta con que no pases las veinticuatro horas dedicadas a una sola actividad, y verás como te alcanza el día para hacer lo que prefieras.

– Además, señor Lucio, yo no sé nada de fútbol. Apenas vi pedazos de un partido una vez que mi padre no estaba en casa, pero, al desconocer las reglas, no comprendí muy bien cómo era la cuestión...

– Es de lo más fácil, David; el fútbol no tiene complicaciones, así que no te preocupes por eso. Tampoco los demás niños son expertos, ni nada por el estilo. Todos están aprendiendo, como aprenderás también tú, si es que aceptas meterte en el equipo. Por otro lado, el verdadero valor de los deportes cuando se está comenzando no es el de ser el mejor, o conseguir la excelencia, como me imagino que te sucede con el piano; sino que su finalidad es la de pasar momentos gratos ejercitando el cuerpo, divirtiéndose, riendo por lo grande, disfrutando con los demás, ¿entiendes?

– Más o menos, señor -. Respondió David.

- ¿Y qué dices? ¿Hablo con mi amigo, o no?
- No, señor Lucio, todavía no... Por favor, permítame meditarlo unos días, y le avisaré lo que decida. Ya me voy; son más de las cuatro... Llegaré tarde a la clase...

Ambos se despidieron, y cada uno continuó por su camino. A los pocos pasos, Lucio volteó su rostro hacia el pequeño, y lo llamó:

- ¡David!
- ¿Sí, señor?
- No me digas más señor, ¿quieres? Me haces sentir como un anciano...
- Trataré... Lo prometo...
- Eso espero. Y espero también tu respuesta.

El sol declinaba en su viaje por la esfera universal cuando Víctor abrió sus ojos después de un sueño largo y pesado. Como todos los días, no reconoció dónde estaba ni supo quién era él. Siempre transcurrían algunos segundos de incertidumbre antes de que a su memoria comenzaran a arribar, uno por uno, los recuerdos lejanos de una infancia campesina, una niñez solitaria, una adolescencia difícil y una juventud por determinarse... Luego, más densas y oscuras que las evocaciones antiguas, se proyectaban imágenes inciertas de la noche anterior, llena de luces policromas y vivas que ambientaban cualquier discoteca del laberinto nocturno, con sus contactos femeninos, sus interminables tragos de licor, sus pastillas de colores que lo envolvían en una cúpula secreta de sinestesia y trasmigración, música sintética y franelas empapadas de sudor. Una leve ráfaga de aflicción lo atacó, por un instante, al recordar las lágrimas en el rostro de aquel señor que le imploraba que con él hiciese lo que quisiera, pero que respetara la vida de su mujer, que le permitiera irse, por favor... Sin embargo, el remordimiento llegaría hasta ahí, sin continuar, pues Víctor jamás recordaría cómo terminó aquel episodio al no encontrar en su memoria más fragmentos de aquella escena confusa; solo lo acompañaban los típicos dolores y malestares que deja la resaca de un amanecer de feria en un organismo desquiciado.

Al levantarse, siguiendo la rutina diaria, se quedó un rato mirando el afiche de una explosión nuclear que decoraba una pared de su cuarto. Al contemplar el hongo naranja pensó en sí mismo, y descubrió que existía un enorme parecido entre el poder destructivo del arma detonada y su temperamento salvaje e inflexible. Se sintió magno, vigoroso, dueño y señor de la pradera de calles y rincones que le ofrecía la savia noctámbula de la ciudad. Para confirmar su hipótesis, se detuvo frente a un gran espejo ovalado que colgaba en la pared frontal a la del afiche, y repasó con la vista cada músculo, tendón y porción de piel que conformaba su cuerpo aún desnudo. Siempre que se fijaba en sus manos, un aire de orgullo surcaba la expresión de su rostro, encantado con la precisión de joyero que Dios tuvo al ensamblar su organismo. Al cansarse por fin del cuidadoso ritual, colocó música rock a todo volumen, para escucharla desde la ducha. Tras asearse, sin dejar de tararear la canción que sonaba, buscó en el clóset la ropa para la jornada nocturna.

Cuando acabó de vestirse, abrió un pequeño candado que resguardaba la gaveta superior de su mesa de noche. En su interior se encontraba un paquete delgado de billetes arrugados, unas joyas dispersas, un pasamontañas y un revólver calibre 38. Víctor tomó el arma, y se sentó en la cama mirándola con veneración. El frío que el metal le transmitía a la punta de sus dedos lo embriagaba con una mezcla de confianza y temor, aceleraba el ritmo su corazón, las glándulas suprarrenales comenzaban a invadir su torrente sanguíneo con adrenalina, y un estremecimiento inconsciente le atacaba las manos. Introdujo el arma y el pasamontañas en una mochila; agarró los billetes y los estiró, para que entraran en la cartera sin dificultad; echó un último vistazo al espejo, para corregir cualquier desperfecto que tuviera su traje o su peinado; y, cuando concluyó que todo estaba en el lugar exacto, salió del cuarto sin mirar atrás, sumido en una fusión de sueños y fantasías que le profetizaban que este sería el mejor día de su vida...

Víctor seguía inmerso en sus pensamientos cuando alguien tocó la puerta. “Yo abro”, murmuró, y caminó hasta la puerta. Era Lucio. Víctor lo miró con desprecio, dijo en voz alta: “Andrea, te buscan”, y salió de casa, tropezando intencionalmente el hombro de Lucio al pasar junto a él.

“Este noviecito de mi hermana es todo un pelele”, pensó Víctor, mientras se alejaba de la casa. “No sé como lo soporta. Es flaco, tímido, mal vestido, con cara de pendejo y actitud de sirviente. Algún día le tuve un poco de aprecio, pero yo era solo un niño, y vivía engañado con muchas cosas. Me doy ahora cuenta de cómo es en realidad. Es, definitivamente, un flaco pendejo...

¡Qué cada quien haga lo que le dé la gana con su existencia! Me iré a cazar a algunos incautos que me costeen la rumba de esta noche, porque el dinero que traigo encima no me va a alcanzar. Además, tengo una deuda con unos tipos medio dañados, por unas pastillas que me fiaron hace un mes, y ellos son implacables cuando se les debe plata. Mis panas me avisaron que me andan buscando, pero no hay problema con eso. Seguro encuentro con qué pagarles; y si no consigo, ¡qué diablos!, ya veré cómo me las arreglo. Siempre salgo adelante, pase lo que pase. No permitiré que nada arruine esta noche, pues presiento que va a ser singular, sin comparaciones, la mejor de todas, y no puedo perderme ni un instante de su delirio...”.